



DIOS VIA CAOS

**Apuntes de José Schlosser
para un libro que quizá
nunca se completará**

2.- LA NADA Y EL CAOS

En todas las culturas desarrolladas a lo largo de la historia ha existido una esencia indefinible, un sentimiento místico informe, una fuerza interior, una eclosión de la aspiración de conocer el *por qué total*, - lo que los autores clásicos llaman el "*mana*". Micea Eliade incluye al *mana* dentro de un ámbito más amplio: el de las manifestaciones sagradas, a las que llama *hierofanías*. Tomó esta palabra de raíces griegas y latinas: *hieros*, significando sagrado, y del *fanum*, definiendo el lugar dedicado por los paganos al culto de una deidad. (Eliade, sin embargo, parece ampliar el campo de la palabra *fanum* aplicándola al fenómeno de conversión de un ámbito natural en objeto de adoración. En lo que a nuestro estudio respecta, lo que él llama *hierofanías cósmicas*).

Dentro del *mana* o de la *hierofanía* manifestada en una religión, el mito caótico se destaca como principal integrante de su esencia, porque la formación del mundo es el misterio más insondable que preocupa al hombre cuando comienza a pensar. Al tratar de responder a esta pregunta, intenta levantar una construcción cosmogónica, una explicación para el origen de todo, en la que debe fijar un punto que separe lo anterior de lo posterior. A partir de él se encuentra el mundo que le es conocido. Antes, el caos.

Intentaremos mostrar la insistente aparición de algún concepto caótico en las distintas civilizaciones. Porque ya dentro de las religiones, los distintos símbolos significativos, - aunque coincidentes en la mayoría de los casos, - adquieren un valor distinto según condiciones tales como el desarrollo social, la geografía, la economía, y aún el idioma de cada pueblo.

Tengamos en cuenta sin embargo, que al igual que cualquier *mana* o *hierofanía*, el caos no se presenta aislado, como espécimen de laboratorio que permita ser analizado en sus partes, aislado dentro de un ambiente aséptico. Por el contrario, cuando comenzamos a incursionar en distintas manifestaciones religiosas, las nociones de caos se mezclan con elementos distintos, - por los que es influenciado, - produciéndose una interacción que cambia en cada caso su fisonomía. A cada cultura, pues, su caos característico.

Pero aún hoy, a pesar de todos los adelantos científicos, nuestra mente se resiste a concebir el vacío completo, la *nada*. Por mucho que las últimas teorías físicas intenten explicarlo a los profanos, aún al hombre actual le resulta difícil formarse una idea de la *nada*. Tanto si se la concibe como un antecedente de la realidad, como si se imagina al vacío como generador de todo lo que existirá luego. Dado que la *idea* solamente puede intuir lo que es, mientras que la lógica se resiste a entender lo que *no* es.

Por eso, cuando atravesamos el túnel temporal para estudiar la noción de *caos* en las distintas civilizaciones, nos encontramos con un concepto caótico universal, en el que el *caos* es *algo*. De la *nada* sólo puede surgir la *nada* y por lo tanto la conciencia primitiva, que necesitaba de símbolos palpables para sus construcciones cosmogónicas, rechazaba el *vacío* y lo sustituía por lo *informe*, en cuyo concepto hay *algo* que llena la *nada*, aunque ese *algo* requiriera un acto divino para ser *formado* y constituir el *mundo* que cada grupo humano concibiera según su grado de desarrollo y su mentalidad.

Pero esa transformación de lo *informe* a lo *formado*, no podía ser, para las mentes arcaicas, una ideación, una abstracción: a *algo*, - pero generalmente a *alguien*, - se le debe atribuir la misión de *formar*, *crear* o *transformar* el mundo, todo o parte de él, la tierra, las aguas, las estrellas, los seres vivientes.

Y así es como se idearon los dioses, ya sea como constructores o como progenitores pero siempre dotados de una proporción y de un poder fantástico, dominante, superior al hombre común. Porque ¿cómo podría un hombre común encarar una obra de esa naturaleza? ¿Cómo podría idear y crear el maravilloso y atemorizante universo un insignificante ejemplar humano? Sólo un ser o seres dotados de fuerzas sobrenaturales serían capaces de ello.

Por lo tanto, para explicarse las circunstancias existentes con anterioridad al momento en el que esas divinas figuras míticas decidieran crear el mundo, los hombres primitivos, casi sin excepciones, creyeron en la existencia de un caos primigenio en el que ya estaba la materia prima de lo que sería su *obra maestra*. Y así es como el caos se convierte en la mayoría de las religiones en un generador sagrado: con su aceptación se justifica tanto la formación del mundo como la erección de altares en los que se adora al hacedor del milagro.

Caos, en consecuencia, adquiere una acepción de preexistencia del *todo* para las culturas en las que predomina un deseo de encontrar una explicación, -de acuerdo a su nivel,- para los fenómenos naturales. Esa fue la pauta de las religiones más primitivas. Con el progreso cultural se fueron intelectualizando estas concepciones primitivas, convirtiéndose en formas más desarrolladas como las que encontramos hoy en las doctrinas de las religiones que practica la mayoría de los pobladores de la tierra, Budismo, Judaísmo, Cristianismo e Islamismo.

Por otra parte, la aparición de la vida como fenómeno que requería una explicación, provocó que surgieran en las religiones primitivas mitos de fertilidad de la tierra con los que se explicaban las cosechas y de fecundidad para la reproducción de los animales. Las mitologías de dioses fecundadores no es extraña a las concepciones sobre la creación del mundo: el caos de las pasiones, la desesperación de una existencia infecunda o la impotencia de un dios célibe por dominarlo todo, producen un caos sentimental que puede ordenarse solamente a través de un acto de copulación divina que traiga como resultado un ser terrenal en el que se simbolice toda la vida existente sobre la faz de nuestro mundo. Este hijo divino (denominado en la mitología griega como *dioscuro*¹) es

¹ El dios Zeus, bajo la forma de un cisne, sedujo a la reina de Esparta, Leda, casada con el rey Tíndaro, con quien también mantuvo relaciones esa misma noche. De estas uniones nacen dos "gemelos" denominados bajo el nombre genérico de dioscuros (retoños de Zeus): Castor, hijo de Zeus y Polideuces (Pollux en latín), hijo del rey. También nacen Helena y Clitemnestra.

la representación viva del orden. Su condición terrenal lo coloca en una mejor situación para comprender a los hombres, para compartir sus pecados, con lo que llega a aventajar en el corazón de los creyentes al propio creador.

El primero era inmortal. Muerto Pollux, Castor le pide a Zeus que haga inmortal a su gemelo. El dios los juntó para siempre en la constelación de Géminis.